

LEGADOS

JAVIER PELLICER

Prefacio



La Isla de Caminos

¿Dónde está y qué es la Isla de Caminos? Apenas unos pocos entre los más sabios conocen este paraje, y aun así solo de oídas. Dicen que se trata de la intersección de todos los Planos de Realidad, una región perdida en el tiempo y el espacio. Pero ningún simple mortal lo ha visto jamás. Bien podría ser una mera leyenda, la invención de algún pensador ocioso.

Belcebión no se cuestionaba si era realidad o no. Al fin y al cabo, era su morador. Su único morador. Una situación bastante insólita hasta para un demonio.

Hablar de existencia en un lugar como aquel no dejaba de ser relativo, incluso un poco incongruente. De no ser por sus sentidos, propios de un inmortal, jamás habría sido capaz de dar forma reconocible a tan incalificable escenario. Así que, a ojos del diablillo, el entorno tenía la apariencia de un pedazo de roca suspendido en la nada. En el centro se erguía un árbol sin hojas, aunque sus ramas no eran tales, sino brazos extendidos con dedos acusatorios. Había tantos que era impensable que una mente mortal pudiera contarlos. A veces algunos se marchitaban para desaparecer, o brotaban nuevos según el capricho de las fuerzas cósmicas.

¿Y qué señalaban estos apéndices? Una miríada de caminos que surgían de la isla, pasarelas que conducían a los casi infinitos portales que conectaban las casi infinitas dimensiones que existían en el universo. Mundos tan diversos entre ellos como en ocasiones idénticos, excepto tal vez por ciertos detalles insignificantes que separaban sus destinos.

Para Belcebión era una tortura observar a través de estas puertas sin posibilidad de cruzar los umbrales. El Veto se lo impedía, esa maldita prohibición impuesta por los injustos dioses. Esos mismos que le desterraron a causa de sus constantes travesuras. Pero, ¿qué esperaban? Era un pequeño demonio del caos, consagrado al divertimento. A tal fin lo habían creado. ¿Y se enfadaban por ello? Así lo alegó durante su juicio: «De otorgarme otra personalidad, nada de esto habría ocurrido», le dijo al sobrio Legis. Vana fue la defensa de Penumbra, Velez y Orcus. Al final, los pomposos Valion, Rivulus y Orión se salieron con la suya gracias al inesperado apoyo de Nébula. Ciertamente, Belcebión había estado haciendo triquiñuelas con la magia, algo que exasperaba a la Señora de los Hechiceros, pero

nunca creyó que fuera para tanto. El resto de divinidades se abstuvieron. Taranis y Leviatán siempre habían abogado por la neutralidad, Silas se desentendía de las reuniones y Legis era el juez supremo, por lo que su voto solo contaba en caso de empate.

De tal modo acabó exiliado en la Isla de Caminos. ¡Qué castigo tan horrible! Contemplar las distintas dimensiones sin poder dar un paso y llegar a aquellos mundos no era nada agradable, desde luego que no. Le hacía revolverse de pura angustia, pues no había modo más cruel de castigar a un diablillo del desorden que obligarlo a estar ocioso. Para alguien como Belcebión, la existencia era simplemente una sucesión de instantes que podía considerar felices o desgraciados dependiendo de la posibilidad de causar fechorías. Y en aquel vacío ni siquiera era capaz de realizar una simple broma.

Pero hasta lo inamovible puede cambiar en un instante.

Un destello surgió de una de las puertas y al momento se dividió en dos. Las luces comenzaron a orbitar el vacío, alrededor del islote suspendido, atrapando al instante la atención de la criatura. No le costó percibir su poderosa magia: uno de los luceros irradiaba pureza y blancura, el otro era oscuro y hedía a degradación. Los observó con cuanta atención le permitió su impaciencia, antes de decidir que era una ocasión que no debía desaprovechar. Se haría con ambas presencias.

¿Pero cómo hacerlo, si estaba atado a la Isla de Caminos?

La solución no se le presentó hasta que advirtió que la pareja de fulgores no giraba en trayectorias circulares, sino que en ocasiones se acercaban más o menos a su nuevo centro de gravedad, variando la distancia que los separaba de este. El diablillo sonrió. Solo era cuestión de tiempo que se aproximaran a su posición lo suficiente para atraparlos.

Tras una espera que no podría ser medida en términos mortales, obtuvo la tan ansiada oportunidad. Se hallaba acucillado en una de las pasarelas, las luces se dirigían directamente hasta su posición. Sabía que solo tendría una oportunidad, e igual de consciente era de lo insoportable que sería el fracaso.

Enrolló su cola retráctil al pasillo elevado, convirtiéndola en el ancla que evitaría la caída hacia una nada eterna de la que no podría volver, y saltó hacia el vacío justo en el instante en que los destellos pasaban por su lado y amenazaban con alejarse de nuevo.

Las cogió al vuelo. Sintió en su garra el golpe y la rebosante fuerza. Tal fue el poder del impacto que incluso su esencia inmortal se estremeció. Pero logró resistir el empuje.

Colgado cabeza abajo, balanceándose como un mono, contempló el tesoro conseguido. Cabría decir que sintió cierta desilusión al principio, pues no eran más que dos piedras: una oscura como el carbón, la otra blanca cual sal marina. Habrían pasado por simples pedruscos si no fuera por las runas que las adornaban... y la magia que emitían. Su asombro creció hasta cotas insospechadas cuando percibió que los guijarros escondían un secreto interesante: albergaban vida. La piedra ennegrecida contenía un alma llena de rencor y odio, mientras que su hermana guardaba el espíritu de una criatura igual de poderosa, pero rendida a la bondad.

Belcebión comprendió al instante las posibilidades que le brindaban tan flamantes posesiones. Una risa aguda y traviesa se propagó por el vacío. Impulsó su cuerpo de vuelta a la pasarela y se acercó dando saltitos hasta la puerta de la que habían surgido las piedras. Contempló la relativa placidez con la que vivían los mortales, la misma que había soñado con alterar para su propio entretenimiento. Luego miró las runas.

Ahora tenía un modo de divertirse.

PARTe 1



el VIAJE
de GAINIS

La tormenta los había sorprendido entre la ciudad y Zâram-tarâg, el Lago de las Barbas. Tras unas primeras gotas tímidas, las amenazantes nubes decidieron descargar una cortina de agua densa, casi hiriente.

Bainis se lanzó a la carrera. Tras él iba Franlad, con sus poderosas zancadas, claramente malhumorada. —No existía felino, aunque fuera una leona que pesaba más de trescientas libras, que disfrutara mojándose—. Mientras se reía del apuro de su compañera, los ojos castaños del muchacho buscaron un recoveco en el que guarecerse en la ladera de la montaña, a su diestra. Le bastó una pequeña apertura que conducía a una cueva no muy profunda. Una vez a resguardo, Franlad se vengó de las recientes burlas salpicando a su amigo con el exceso de agua que cubría el suave pelaje albino. Bainis la regañó, pero ella se limitó a replicar con un suave rugido que más bien parecía una risita traviesa.

El joven se desprendió de la ropa empapada. Arrojó a un lado el chaleco de cuero, el pantalón y las botas velludas. Tan solo conservó la camisa, única pieza que permanecía relativamente seca. Se sentó contra la pared grisácea y simplemente esperó que la lluvia cesara. Al ver que tiritaba, la leona se enroscó a su lado para ofrecerle un poco de calor.

Empezó a divagar acerca de grandes viajes, tal cual solía ser habitual en él. No había nada extraño en que un chico joven deseara recorrer el mundo en busca de nobles aventuras, desde luego. Ahora bien, Bainis no era un muchacho del todo común, pues había sido criado por enanos. Y estos no contaban precisamente con espíritus dados a la peregrinación, salvo que fuera para mercadear. La gran mayoría de los *futhâr* —así se les conocía en su propia lengua— preferían pasar los días desempeñando un oficio, a ser posible cerca de las zonas montañosas del reino de Moru. Solo unos pocos entre los más jóvenes y alocados se lanzaban a los caminos, e incluso estos solían regresar cuando la edad les hacía comprender que existían pocos lugares tan agradables como el hogar.

Por supuesto, esta era una lección que Bainis ni siquiera oteaba en el horizonte.

—No creo que tarde mucho en escampar —le dijo a la leona de pelaje nacarado—. Cuando lleguemos a la choza de Gorna seguro que nos prepara un poco de leche calentita.

La simple mención de la palabra «leche» hizo que Franlad moviera la cola. Aunque podía llegar a ser feroz, solía comportarse como una gata grande.

La mente del muchacho, mientras tanto, voló hacia *El Enano Gruñón*. Le encantaba que la gente se emborrachara allí, pues era signo de prestigio para una taberna. Los posaderos enanos tenían un lema: «Cuanto más cogorzas, más monedas entran en la bolsa». El caso era que la fonda de Talfin no le debía su fama solo a la cerveza y las animadas historias del antiguo trotamundos. A este se le conocían las mejores maneras con sus clientes: cuando alguien se pasaba con la bebida no dudaba en prepararle una infusión con la que se despejaba... y podía comenzar a emborracharse nuevamente. Aquello resultó mucho más productivo para su negocio que echar a los parroquianos a patadas, como era costumbre en otros establecimientos, pues aquella práctica tan inusual le había valido una clientela leal y agradecida.

Para tales brebajes, Talfin necesitaba un hongo que crecía en las montañas. Mejor que desatender la taberna para ir a buscarlo él mismo, prefería comprárselo a Gorna, la herbolaria de Columnas Rocosas. Cada vez que sus existencias de *genciana* amenazaban con agotarse enviaba a Bainis. Él dejaba al instante lo que estuviera haciendo y, encantado, corría hacia la casa de la mujer. Quizás a los enanos no les importara la cerrazón de sus moradas, pero él agradecía ver el sol cada día.

Muchos de los viajeros que se detenían en *El Enano Gruñón* no cabían en su asombro cuando descubrían que el mozalbete no era un simple criado contratado por el tabernero, sino el hijo adoptivo de este. En general, los enanos no solían ser muy sociables con otras razas, así que el hecho de que un humano fuera criado entre la sociedad *futhâr* no dejaba de ser una rareza. Aunque en la vida del muchacho había muchas cosas singulares.

De algunas, ni siquiera tenía constancia.

La rítmica cadencia de la lluvia lo adormiló. Fue Franlad quien, con uno de sus lametones en la cara, le avisó de que el chaparrón había pasado y debían continuar. Un aguacero corto, como era común a principios de la primavera. Al salir del escondrijo advirtió que el sol incluso se atrevía a asomar con algún que otro rayo, de fogosidad aún tímida. Los negros nubarrones ya se alejaban hacia el sur, llevándose consigo los truenos y los rayos. Se preguntó si alcanzarían el bosque de Sombra de Poniente. ¿Lo traspasaría hasta llegar a la ciudad estado de Salmanasar?

Aunque jamás había abandonado Moru, el muchacho sabía de todos aquellos lugares gracias a las narraciones de Talfin y a los mapas que trasteaba en

el despacho del enano cuando este se descuidaba. Conocía por tanto cómo eran las tierras más allá de los límites que marcaban las montañas y sus valles interiores: el mundo se dividía en dos grandes continentes, Valion y Cirinea; además, en algunas fábulas se hablaba de un tercero, Ziyarid, aunque nadie sabía si se trataba de mito o realidad. El primero, situado en el hemisferio norte, contenía reinos como la élfica Esmeril, Ungoloz, Reino Bosque, Visirtán y Losang; Moru ocupaba un pequeño territorio al noroeste. Pensar en esas regiones tan distantes mareaba y al mismo tiempo excitaba su imaginación, pero todo cuanto quedaba más allá del Mar del Dragón entraba en la categoría de lo fantástico.

Franlad y el muchacho se dirigieron al norte, siguiendo la vereda por donde la tierra había resistido mejor la tromba. El terreno cayó en ligera pendiente, dando paso a un pequeño valle a los pies de la soberbia cordillera gris. Distinguió el Lago de las Barbas, una impresionante masa de agua que se desplegaba entre las montañas como una lengua radiante. De su orilla nacía el río Oplontis, que bajaba más y más hacia el sur, bordeando el colindante Sombra de Poniente hasta desembocar muy cerca de Salmanasar.

A Bainis siempre le había hecho gracia la historia del Lago de las Barbas. Se decía que, muchos siglos atrás, un caudillo enano tuvo la desgracia de que su primogénito naciera con una grave carencia: ni un solo pelo en el cuerpo. Toda una anomalía, porque incluso los niños *futhâr* tenían abundante vello al nacer. El jefe se sintió tremendamente desgraciado, ya que no hay nada que un enano valore más que la longitud de su barba. Tal era la pena que sentía que se acercó hasta el lago para adentrarse en las aguas y ahogarse, pues creía que la causa era algún agravio a los dioses. Pero he aquí que se le apareció Rivulus, Señor de los ríos y lagunas, quien le ordenó que volviera con su familia. Así lo hizo el jerarca, tomándolo como el castigo con el que debía cargar el resto de sus días. Cuando llegó al hogar aún tenía la barba mojada. Y fue al rozarla en su hijo recién nacido que un fino pelo comenzó a crecerle en la cabecita, al que siguieron muchos otros. El portento pronto se extendió hasta el último rincón de Moru, y así se inició la tradición de llevar a los bebés hasta Zâram-tarâg. Los padres remojaban su barba y luego la frotaban contra sus hijos.

Y allí, al borde del lago, rozando el linde de un bosque de pinos, vivía Gorna. No solía verse mucho que un *futhâr* habitara una choza hecha de madera y techada con paja y musgo. Los enanos preferían las ciudades esculpidas en laderas o en grutas interiores. Pero la herbolaria provenía de una familia con inclinación hacia lo especial. Por ejemplo, su padre, Bogar Glafur, tuvo tratos con los elfos, algo impensable dada la tirantez existente entre ambos pueblos; y su hermana

Lorna era una mercenaria que recorría Valion junto al famoso Galiep Malavida, atendiendo al ominoso apodo de Lorna *Hachasangrienta*.

Franlad se adelantó dando saltitos y meciendo la cola hasta alcanzar a la enana. Al ver a la leona, Gorna dejó su tarea con los rosales que se encaramaban a la fachada de la cabaña y la acarició. El exterior estaba repleto de brezales, flores y otras hierbas trepadoras, que apenas dejaban espacio para las ventanas.

La herbolaria no se diferenciaba mucho del resto de enanos: cabeza pequeña y cuerpo fornido, piel tirante como el cuero y mandíbula cubierta de un vello rubio al que poco faltaba para convertirse en barba. Solo sus generosos pechos dejaban entrever que se trataba de una mujer, y tal vez unos rasgos ligeramente más suaves. Erguida, apenas sobrepasaba la cintura del muchacho.

—Ya veo que la tormenta os ha sorprendido por el camino —sonrió Gorna mientras les hizo un gesto para que la acompañaran al interior de la cabaña—. Deberíais atender al cielo. Aunque supongo que eso es culpa de la educación *futhâr*. Estamos tan acostumbrados a vivir bajo la roca que no solemos mirar hacia arriba.

Bainis levantó los hombros y siguió a la enana. Fueron recibidos por la habitual mezcolanza de olores que tan bien conocía el joven: albahaca, hierba de basilisco, romero, frutos de boreo, raíz de cot... No resultaba desagradable en cuanto uno se acostumbraba, pero al principio resultaba un tanto abrumador.

Gorna calentó un tazón de leche en el hogar central, y luego vertió una generosa cantidad en otro cuenco, que dejó en el suelo. Franlad se abalanzó sobre el recipiente y comenzó a dar lengüetazos.

—¿Cómo van las cosas por Columnas Rocosas? —preguntó la enana.

—No hay mucho que decir —le comentó Bainis—. Todo parece tranquilo. ¡Ah, sí! Gleidon ganó la última competición de carros tirados por erks. Sus carneros dieron una buena paliza al resto de participantes.

La herbolaria asintió. No solía acercarse mucho por Columnas Rocosas, a pesar de que el lago y la ciudad distaban poco más de media hora de caminata. Estaba tan acostumbrada a la calma y el silencio que no le gustaba mucho mezclarse con una panda de ruidosos, acalorados y gritones enanos. De todos modos, apreciaba estar enterada de los chismes de la ciudad.

—¿Y de la Marca? ¿No hay nada relativo a la Marca?

Ella siempre le preguntaba por las tierras del este, pues conocía bien las inquietudes del muchacho. Y para qué negarlo, últimamente Bainis prefería hablar con la enana antes que con su padre, quien se mostraba intransigente con sus deseos de viajar. «Cuando cumplas la mayoría de edad» o «hay cosas que

tú no sabes» eran sus respuestas favoritas, sin posibilidad a discusión. Cada día que pasaba sentía que la distancia entre ambos aumentaba. ¡Cuán lejos quedaban aquellos días en que, siendo un niño, se sentaba en las rodillas de Talfin a escuchar sus cuentos!

—El otro día llegó un humano, un mercenario, asegurando que las Naciones Orcas habían atacado varias caravanas de mercaderes en la Marca del Este —le explicó, mientras sorbía la leche ya caliente—. Secuestraron a la mayoría de los comerciantes.

—Orcos... —Gorna frunció el entrecejo—. Además de malolientes, no aprecian ni lo que camina ni lo que crece de la tierra. Su único afán es saquear y provocar el caos.

—El Consejo de Columnas Rocosas no parece muy preocupado —le aseguró, recordando las conversaciones que escuchaba en la taberna; cuando un enano se sentaba a beber, rara era la ocasión en que no soltaba la lengua—. Dicen que ya llevan así varios años. Sin embargo, mi padre tiene dudas.

—Y si alguien como Talfin *el Indómito*, reconocido aventurero, alberga sospechas, bien haríamos el resto en atenderlas.

Bainis asintió, aunque poco convencido. ¿Qué amenaza podían suponer unas cuantas tribus de monstruos para el reino de Moru? Especialmente en un lugar tan apartado como las Naciones Orcas. El ejército *futhâr*, comandado por el Rey Barundar de Myrthis —Señor del Baluarte Iluminado, y cabeza del Clan de los Dunabar—, no era el más numeroso de Valion, pero la capacidad de sus tropas era reconocida en todos los rincones civilizados: los guerreros acorazados estaban considerados la infantería más firme del mundo; los carros de guerra tirados por erks, una caballería a temer incluso por la falange mejor preparada; y qué decir de los blindados, aquellos forcaces que aplastaban todo a su paso mientras los ballesteros daban cuenta desde la seguridad del parapeto de hierro. Si algo describía a las fuerzas enanas era la palabra «solidez». Y en su territorio, entre montañas, riscos y grutas, jamás habían sido vencidos.

—Imagino que Talfin te ha enviado a por *genciana*, ¿no?

Cabeceó tras apurar el cuenco. La herbolaria le señaló la nata que había quedado alrededor de sus labios. El muchacho se relamió los restos con la lengua mientras ella se retiraba a su despensa en busca de las hierbas. Como solía hacer en todas sus visitas, Bainis se entretuvo observando los amuletos que colgaban por las paredes. Gorna no era una hechicera ni nada parecido, a pesar de que gustara de adornar su casa con pequeños huesos y otros artilugios proveedores de buena fortuna. Todo el mundo sabía que entre los enanos la profesión de mago

era casi inexistente debido a su natural resistencia a las energías arcanas. La única hechicería que empleaban provenía de las runas forjadas por sus Maestros Alquimistas, cada uno de los cuales dedicaban su vida entera a la creación de un único objeto encantado. Pero estos artesanos eran muy escasos, pues no tenían descendencia al sacrificar su futuro por alcanzar un objetivo que los encumbrara en el recuerdo de la raza. Y no todos lo lograban.

La herbolaria regresó con un paquete envuelto en tela, cuidadosamente encordado para que los hongos triturados no se esparcieran. Bainis rebuscó en los bolsillos de su pantalón hasta encontrar una bolsita de piel atada, que tendió a la enana. Esta cruzó los brazos y lo contempló con expresión enojada.

—Cada vez igual... —replicó.

—Setenta y cinco monedas es el precio de mercado —se defendió el joven, haciendo un mohín con la boca.

—Será en esas tiendas de Reino Bosque donde gustan de estafar a la gente. Yo jamás cobraré esa fortuna por unas hierbas que encuentro con facilidad en unas montañas que tengo a pocos pasos. ¡Y menos a un amigo! Me basta con los suministros que Talfin me envía.

—Si regreso con las monedas se enfadará otra vez...

—Que rezongue un poco. Ya sabes que le gusta.

A Gorna se le formaron arrugas de diversión en torno a los ojos antes de estallar en carcajadas y contagiar su hilaridad a Bainis. En el suelo, Franlad los miraba moviendo la cola con alegría, como si supiera el motivo de su jolgorio.

Bainis se despidió de su amiga. Con el fardo bajo el brazo y seguido por la leona, deshizo el camino hacia la ciudad. Masticaba una manzana que Gorna le había dado, sonriente, cuando se encontró con un pastor que volvía de pasear a sus cabras montesas. Los perros olfatearon a Franlad, que se dejó hacer hasta que dirigieron sus hocicos hacia el trasero de la leona, momento en que lanzó un pequeño rugido de advertencia. Los canes escondieron la cola entre las patas y se apartaron raudos.

Poco después llegó al altozano donde se erigía Columnas Rocosas. Y erigir era la palabra perfecta para describir la ciudad, que no se parecía a ninguna otra en todo Valion. Sobre aquel promontorio, que dominaba las vistas de gran parte de la región, se levantaban cuatro gigantescos pilares de roca, gris y granítica. Se las debía describir en verdad como torres, pero más robustas y titánicas que cualquier edificación hecha por mano humana, enana o elfa. Los que visitaban el lugar por primera vez se asombraban cuando los lugareños les aseguraban que no habían sido levantadas por ninguna mano, a no ser que fueran las del propio mundo, que eran un capricho de la naturaleza, y que quizás milenios antes fueran montañas. El transcurrir del tiempo y el viento las talló, convirtiéndolas en pináculos de base maciza, y que se alzaban hacia el cielo en busca de las nubes.

Y un día llegaron los enanos y se encargaron de excavar las columnas para formar una serie de habitáculos donde vivir. En materia de esculpido, los *futhâr* no tenían rival alguno entre los artesanos de todo el mundo. Trabajaron de tal manera la superficie exterior que se podían apreciar puertas, ventanas e incluso terrazas separadas por niveles. Era muy común entre los que ocupaban el piso superior alardear de que vivían «con el firmamento al alcance de la mano». Por ese motivo se conocía a las torres por el sobrenombre de *rozacielos*.

Cada pilar tenía tallada una escalera, cuyos peldaños daban vueltas en espiral alrededor para permitir el acceso a los diferentes niveles. Los enanos tenían piernas robustas y no les importaba subir y bajar escalones. Aunque, cuando tenían prisa, solían utilizar los montacargas que accionaban cuatro esforzados encargados, gracias a un sistema de poleas. Además, las torres estaban conectadas entre sí mediante pasarelas.

Los edificios como las forjas, los establos y demás dedicados a la producción se situaban en las bases, y las viviendas en pisos superiores. Para el abastecimiento de agua se idearon en su momento varios canales de bombeo manual que llegaban por debajo del suelo, desde el río Oplontis, y llenaban

los depósitos interiores de cada torre. Tres mil enanos vivían en los *rozacielos*, hormiguitas fornidas que iban de un pilar a otro en un reguero constante.

Columnas Rocosas estaba considerada como una de las maravillas de Moru. Incluso a Bainis, que no conocía otro hogar, le impresionaba la magnitud de la urbe. Ciertamente no era la más grande del reino, ni siquiera la primera establecida en el exterior de las montañas —honor que recaía en Myrthis, la Iluminada—. La capital, que tomaba el mismo nombre que el país, contenía el Trono de Mítral, ocupado por el Rey Barundar. Pero Columnas Rocosas, joven como ninguna otra, comenzaba a competir con la Ciudadela de Kondor, el tercer asentamiento en importancia.

El Enano Gruñón estaba situado a nivel del suelo en la columna sur, mirando en la misma dirección. De las dos tabernas que había en la ciudad, la de Talfin era sin duda la más apreciada y concurrida debido a la fama del aventurero. Bainis conocía de memoria la historia de su fundación: durante las andanzas en las que su padre adoptivo se había visto envuelto, conoció a Claimus, un joven aunque poderoso mago. Este bromeaba constantemente con el mal genio de los enanos, lo cual enervaba a Talfin. Cuando el hechicero murió, el buen *futhâr* se retiró a Columnas Rocosas y abrió la posada, a la que llamó *El Enano Gruñón* en honor de su compañero. Una historia especial para el chico, porque aquel grupo de camaradas reunió a gente muy singular. Entre ellos, su padre de sangre. Bainis de Augelmir.

Aún se le empañaban los ojos cuando pensaba en él. Talfin nunca escatimó en alabanzas hacia el guerrero de Ungoloz, el héroe que salvó al mundo aunque muy pocos lo supieran. Era el orgullo del muchacho, el origen de sus ansias aventureras, a quien deseaba emular fervientemente. Si por algo lo hubiera cambiado todo, habría sido por reencontrarse con él.

«Aunque por poco tiempo, estuvisteis unidos como no puedes ni imaginarte», le dijo el enano en una ocasión. Mucha verdad presentía en tal afirmación. A veces se perdía en las cercanías de Columnas Rocosas y, mientras observaba las estrellas, trataba de evocar esa conexión. Siempre percibía algo, una especie de emoción inidentificable, como un hilo del que tirar hasta deshacer el ovillo de unos recuerdos que no deberían existir, porque tenía pocos días de vida cuando su padre falleció.

Permaneció ensimismado pensando en sus cosas hasta que el gruñido de Franlad lo devolvió a la realidad. Había dejado atrás el pilar norte cuando, ya inmerso en la marabunta de enanos que iban y venían, advirtió un grupo de tres *futhâr* que se le acercaban. Maldijo entre dientes. Demasiado tarde para escapar

del incómodo encuentro. Rordit, Eukin y Hobro le cerraron el paso, plantaron las cortas piernas y pusieron los rechonchos brazos en jarras. Lo cual solo podía significar que habría problemas.

—¡Mirad quién está aquí! —Dijo el joven *futhâr*, y se mesó su barba, que ya era considerable a pesar de no alcanzar los cuarenta años—. ¿No es Cuatropelos?

Bainis odiaba ese mote. ¡Qué no daría por tener una frondosa perilla, en vez de ese vello ridículo que le surgía debajo de la nariz y en el mentón! Mirara a donde mirara, todos a su alrededor contaban con generosas matas de pelo cayendo sobre su pecho. Era un detalle más de los muchos que le hacían sentirse excluido.

Al unísono, el trío dio un paso adelante. Solo deseaban atemorizarle, tomarle el pelo, bien que lo sabía. Talfin se lo había repetido una y otra vez: la animosidad que le mostraban se debía a la incesante y estúpida avidez juvenil por demostrar hombría, aderezada con un poco de desprecio hacia el diferente. Sin embargo allí estaba Franlad, que se interpuso y enseñó los colmillos. Eukin y Rordit dieron un salto atrás por puro instinto, y Hobro, que estaba bastante entrado en carnes, tropezó con sus propios pies hasta dar con el trasero en el suelo. Por supuesto, la leona no tenía la menor intención de atacarlos. Su amo la había adiestrado a conciencia para que jamás hiciera daño a nadie, salvo que tuviera que proteger la vida de quienes le importaban.

—¡Bah! —Rezongó Rordit—. ¡Si no fuera por tu *gata* te ibas a enterar, larguirucho! ¡Eres un cobarde!

Obviamente Bainis también odiaba que le insultaran. Pero había aprendido a hacer oídos sordos a las provocaciones. Quizás los enanos fueran de temperamento volátil, pero tras media vida envuelto en trifulcas Talfin había aprendido el valor de la contención y trató de educar a su hijo en tan cívica norma. Así que el muchacho siguió caminando sin responder a las pullas. Hasta que Rordit dijo lo que jamás tendría que haber dicho.

—¡Seguro que tu estúpido padre humano también se cagaba encima!

Una insoportable rabia crepitó en algún punto de su pecho. Una chispa que prendió al instante, se convirtió en incendio, y lo impulsó a abalanzarse contra los enanos con los puños por delante.

El paquete de hongos quedó olvidado en el suelo.

A pesar de su aparente mal humor, Talfin solía ser bastante comedido. De todos modos Bainis sabía que cuando cruzaba los brazos sobre el pecho, daba golpecitos con el pie en el suelo y lo miraba con aquella expresión ceñuda, era porque se avecinaba una reprimenda de las gordas.

—Aún estoy esperando una explicación a tu comportamiento —le dijo, con su típica voz ronca.

El muchacho quiso responder, pero un punzante malestar en la mandíbula lo disuadió. Se palpó el mentón, luego el labio inferior, que se le había hinchado hasta parecer una alcachofa. La satisfacción de haber propinado una buena tunda a sus tres contrincantes se desvanecía con tanta rapidez como aumentaba el dolor de sus heridas.

—Sí, mejor que no digas nada. No existe razón alguna que justifique lo que has hecho —sentenció Talfin.

El posadero se acercó a los cofres de piedra donde guardaban la carne, que se conservaba gracias a la nieve que los porteadores bajaban cada semana desde las montañas. Los recipientes, de tapa abatible, estaban tallados en la misma roca. De hecho la taberna entera era una cueva horadada a golpe de pico; en el interior se conservaba la temperatura sin importar la época del año: en verano hacía fresco y en los días duros de invierno bastaba con un pequeño fuego para calentar toda la estancia. Tomó un pañuelo y lo enrolló alrededor de un puñado de nieve. Luego se lo tendió a Bainis para que se lo aplicara sobre la hinchazón. El joven lanzó un suspiro al sentir el frío sobre la piel ardiente.

—Me provocaron —soltó entonces el muchacho.

En cuanto las palabras salieron de su boca supo que había cometido un error.

—¡Oh, te provocaron! —El enano cabeceó; las cuatro trenzas de su cabello blanco, dos que nacían de su cabellera y otras dos del bigote, se agitaron con fuerza—. ¡Por Marvol Moru! ¿Cuántas veces te he dicho que no hagas caso de esas tonterías? Los enanos crecemos más lentamente que los humanos. ¡En comparación contigo esos tontos solo son niños! Pero tú ya estás cerca de convertirte en un hombre.

—¿Y por qué no me tratas como tal? ¡Si me dejaras viajar te demostraría que soy responsable!

—No insistas en eso —le dijo, señalándole con el dedo y frunciendo la mirada hasta que se le juntaron las cejas—. Ya te dije que cuando fueras suficientemente mayor te llevaría a Robleda. Mientras tanto, si quieres que te considere un adulto, tendrás que darme buenas razones. Lo que has hecho hoy solo sirve para que la gente cuchichee sobre nosotros. Ya sabes que algunos nunca vieron con buenos ojos que un humano fuera criado entre enanos.

—Me gustaría que también les riñeras a ellos —respondió Bainis, dibujando un mohín de enfurruñamiento—. Para ti siempre soy yo el que hace las cosas mal.

—Mi obligación es educarte. A ti, no a otros. Y esto clama un castigo.

El muchacho agrandó los ojos y la piel se le puso blanca.

—Te vas a quedar en la taberna durante al menos dos semanas —sentenció Talfin—. Así no podrás pelearte con nadie.

—¡Eso no es justo! —replicó—. ¡La Feria Anual es dentro de cinco días!

—Haber pensado en eso antes de liarte a tortazos. Soy tu padre, y yo digo lo que es justo o no.

Tan enojado se sintió que olvidó medir sus palabras. De nuevo dejó que fuera el corazón quien ganara la partida al sentido común.

—¡Tú no eres mi padre!

Talfin parpadeó. Aunque su expresión permaneció impasible, un latigazo descompuso la firmeza de su mirada y la tiñó de pena. El joven lo percibió con claridad, pero su enojo era grande y sojuzgó cualquier remordimiento.

Dio un salto y se marchó de la despensa.

Por supuesto, aquel desencuentro no libró a Bainis de cumplir su castigo. El primer día Talfin le reservó la siempre desagradable tarea de limpiar los platos, dejando en manos de Tilin y Golbin —los dos ayudantes del tabernero— el entretenimiento de servir las mesas. En los momentos de mayor concentración de clientes —durante los descansos de las largas jornadas de trabajo— podía llegar a ser agotador atender a las hordas de enanos sedientos. Pero a Bainis le encantaba ir de mesa en mesa para enterarse de los cotilleos y reírse con las bromas de los *futhâr*. Cuando los enconados trabajadores volvían a sus quehaceres, la posada se vaciaba casi por completo, excepto por la presencia de algún viajero. Y estos eran los clientes preferidos del muchacho, con los que hacía buenas migas para poder arrancarles noticias e historias de otros rincones.

Aquella jornada apenas pudo sacar las manos del fregadero hasta bien entrada la tarde. Talfin había enviado a Tilin y Golbin a sus casas hasta que llegara

el próximo alud de parroquianos. Mientras tanto, el tabernero disertaba con un forastero que tenía toda la pinta de ser un guerrero: muy alto, de espaldas anchas, brazos musculosos y la cabeza rasurada. Al chico le pareció entender que era de Ungoloz y que atendía al nombre de Osur. Le estaba contando la historia de un tal Darkun, quien según sus palabras «me derrotó sin tocarme siquiera». Algo que costaba creer, teniendo en cuenta la aparente fiereza de aquel hombre. Le intimidó tanto que prefirió no acercarse a él, aunque hubiera deseado confirmar cuál era su país, pues él tenía raíces ungolitas y, por lo que sabía, su padre atendió al apellido Augelmir, que era justamente el nombre de la capital del reino entre las montañas.

Bainis se encargó de atender a la escasa parroquia. Uno de los clientes era un mediano que jamás había visto antes, así que supuso que no sería uno de los integrantes de la pequeña comunidad *halfling* de la ciudad. Le gustaban aquellos hombrecitos. Solían ser simpáticos y siempre estaban dispuestos a la conversación. No provenían de un reino propio, hasta el punto de que entre ellos regía un dicho muy famoso: «Todo el mundo es nuestro hogar». Se los podía encontrar por todo Valion, dispersos en pequeñas colonias o mezclados entre habitantes de otras razas.

Aquel personajillo en particular no tenía nada extraordinario a simple vista: un palmo más menudo que cualquier enano, de rechonchos mofletes y cabello ensortijado que casi le cubría las orejas puntiagudas. Su expresión infantil le otorgaba un aire de indefensión, al menos hasta que uno advertía la mirada despierta, chispeante. Los de su pueblo eran conocidos por mostrarse sigilosos y tenaces, habilidades que les habían otorgado la fama de ser los mejores ladrones. Una generalización que les resultaba ofensiva, tanto como los enanos se enojaban ante la creencia de que ambas razas compartían un origen común.

Talfin le había comentado que los antepasados de los medianos acostumbraron a caminar descalzos, debido a la resistencia de sus pies. Aunque aprendieron las ventajas del calzado con el tiempo, aún se apreciaba que sus extremidades inferiores tenían un tamaño un tanto desproporcionado.

—¿Qué os sirvo, señor? —le preguntó el joven, presentándose con el saludo universal: los tres dedos de la mano derecha sobre el corazón.

—¡Por la Llama, qué muchacho tan formal! —Bromeó, moviendo inadvertidamente su nariz de una manera cómica—. No es muy común en los tiempos que corren. —Respondió al saludo tal y como lo había hecho el chico—. Tráeme una buena jarra de cerveza. ¡Llena hasta el borde!

Bainis asintió y marchó a atender el pedido. Regresó con el pichel y un cuenco con pasas en confitura, el obsequio habitual para los clientes que pedían algo más grande que un vaso.

—¡Oh, qué detalle! —Dijo el pequeñajo, frotándose las manos—. No me extraña que todo el mundo me recomendara esta taberna.

Tomó uno de los frutos. Al ponérselo en la boca lanzó un agudo suspiro de satisfacción.

—¡No puedes ni imaginarte cuánto he añorado esta sensación! —Dijo, mientras se chupaba los dedos; luego dio un primer trago a la cerveza, que remató con un sonoro eructo—. ¡Es la mejor que he probado nunca!

Bainis no pudo evitar reírse ante las extravagantes maneras del mediano.

—Chico, ¿por qué no te sientas conmigo? —le pidió, dando unas palmaditas a la silla vecina—. Llevo días viajando y me vendría bien soltar la lengua con alguien.

El muchacho parpadeó, sorprendido. Normalmente era él quien se interesaba por los clientes. Pero como el resto de parroquianos estaban servidos, decidió atender la inesperada petición.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Bainis, señor. A vuestro servicio —se apresuró a responder.

—Yo soy Gus Iabsin, viajero empedernido que ha recorrido más leguas de las que puede contar.

—¡Vaya! —Exclamó el muchacho—. ¡A mí me gustaría mucho viajar!

—¿Y qué te lo impide?

—Pues... —Miró de reojo a Talfin; el ungolita había marchado a aligerar la vejiga y él se entretenía contando las monedas ganadas en la última «batalla», que era como llamaba a los estallidos de actividad en la taberna—. Mi padre cree que soy muy joven para hacerlo.

—Entre los medianos tenemos un dicho: «El buen caminante se levanta temprano» —parafraseó, con tono solemne—. Un viajero debe empezar joven a recorrer el mundo. ¡Los viejos tienen las piernas débiles y el espíritu cansado!

—¡Eso es lo que yo pienso! —Exclamó Bainis, feliz de que le dieran la razón—. Pero él no lo entiende.

Confiado ante la atención que Gus le dispensaba, el mozalbete no tuvo reparos en explicarle la regañina del día anterior. El mediano asentía a todos y cada uno de sus razonamientos, que por supuesto pasaban por ser víctima de algún complot para evitar que se convirtiera en un adulto y tomara sus propias decisiones.

—Bueno, no me parece muy correcto por su parte —comentó su nuevo amigo—. Claramente la violencia no debe ser un recurso que tomar a la ligera, pero esos chicos dijeron algo muy feo y se merecían esa tunda. ¡Defendías la

memoria de tu padre de sangre! Y en cuanto a lo otro, un muchacho no debe permanecer encerrado. Los hombres envejecéis tan rápido que es una lástima desaprovechar vuestra juventud. Si esperas mucho más no tendrás tiempo de ver todas las maravillas del mundo.

Bainis se sintió emocionado al haber encontrado a alguien que lo entendía y pensaba como él. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar a que Talfin se decidiera a dejarlo viajar? Le había asegurado que hasta cumplir su decimoséptimo Día del Año no saldría de Columnas Rocosas. ¡Eso eran casi dos temporadas completas! ¿Y si cambiaba de opinión para entonces?

No, no podía esperar. Y no lo haría.

Llevó a cabo los preparativos de la huida con gran sigilo, hasta el punto de que se sintió orgulloso de que Talfin no se diera cuenta de sus triquiñuelas. Durante los siguientes cuatro días estuvo escamoteando pequeñas cantidades de comida que guardaba en su habitación, debajo del camastro. También preparó una muda de repuesto y la daga que su padre le había regalado. De tanto escuchar las andanzas de este creyó saber qué podía necesitar para un viaje como aquel.

¿Y a dónde marcharía? En secreto revisó los viejos mapas que guardaba el enano, e hizo planes mientras realizaba sus tareas cotidianas: seguiría el río Oplontis hasta llegar a la villa de Agresta, donde con toda probabilidad encontraría alguna caravana a la que unirse para alcanzar el Camino del Comercio y marchar hacia el destino que le interesaba: Robleda, la ciudad donde nació. Luego ya pensaría qué hacer.

Y así, cinco días después, coincidiendo con la Feria Anual, estuvo preparado para partir. Tal y como había previsto, Talfin se apiadó de él y le levantó el castigo durante unas horas para que acudiera a los festejos. Bainis fingió que se alegraba ante tanta generosidad y puso en marcha la estrategia que había estado urdiendo. Primero se ofreció a cerrar la taberna, consiguiendo de ese modo que su padre marchara a las celebraciones un poco antes. Luego, sabedor de que nadie lo observaba, cogió el zurrón con todas las cosas que había preparado. Antes de traspasar la puerta se detuvo a dejar algo en la cama del enano: una carta. A pesar de todo, no podía irse sin más, le debía aunque solo fuera una despedida.

Durante el descenso por las escaleras talladas en la base de la columna, observó el ambiente que reinaba en la Gran Plaza delimitada por los pilares. Por un momento se sintió tentado de olvidarlo todo para acudir a las celebraciones. Toda la comunidad se había reunido para el tradicional asado multitudinario con que se abrían los festejos. Enormes y apetitosos jabalís de los montes se preparaban sobre decenas de fogatas, mientras los *futhâr* bebían y reían. De pronto explotaron los fuegos de artificio: las bengalas se elevaron hacia la noche, donde se abrían creando nuevas y bellas estrellas. Eran efímeras, sí, aunque más cercanas que las que adornaban el firmamento; parecían extraños árboles luminosos de copas desaliñadas, ruedas de fuego, serpientes con los colores del arco iris y mariposas que destellaban como luciérnagas...

No había imaginado que sería así, que sentiría una opresión en el corazón ahora que la idea de escapar se convertía en realidad. ¿Realmente deseaba

marcharse de Columnas Rocosas? Ya no estaba tan seguro. ¿Qué sería de Talfin? Tal vez fuera un cabezota, pero lo había criado dándole todo su cariño. Y ahora lo iba a abandonar despidiéndose con tan solo un triste mensaje. ¿Y Franlad? Su compañera de juegos desde niño, una amiga fiel, una hermana cariñosa. La dejaba atrás sin más.

El ritmo con el que bajaba, peldaño a peldaño, se aquietó.

Le vino a la mente la imagen de Gus y su convicción quedó reforzada de inmediato. La decisión estaba tomada. Si se quedaba, nada cambiaría: seguiría siendo una rareza entre la comunidad enana, y ni el aprecio de Talfin atenuaría la sensación de que aquel no era su lugar. Además, quería viajar y ver el mundo, ser un aventurero como sus dos padres: el verdadero y el adoptivo. Sí, el enano se enojaría, al menos al principio. Su esperanza era que, cuando volviera convertido en un gran guerrero, lo recibiría con orgullo.

El gentío se hallaba en la zona del asado, así que nadie lo vio alejarse hacia el sur. Los últimos estrépitos en el aire anunciaban el final de los fuegos de artificio. El muchacho se limpió unas inesperadas lágrimas con la manga de la camisa y retomó el camino.

En cuanto dejó atrás la ciudad encendió el fanal que había traído consigo. Conocía perfectamente la región, pero la oscuridad podía ser traicionera incluso para quien había recorrido la zona infinidad de veces.

Se adentró en la loma baja que lo acercaría al cauce del Oplontis. Casi sin darse cuenta, la tierra blanca se convirtió en suelo rojizo, el preludio de los pastizales conocidos como Llanura de los Centauros. La vegetación, escasa, aún se presentaba con el aspecto seco habitual de las montañas: matorrales poco espesos y pinos estirados con ramas finas para no ofrecer oposición al viento. «La naturaleza es sabia», solía decir Gorna.

Le pareció escuchar a poca distancia el cantar del arroyo, que bajaba bastante crecido a causa de los deshielos. Si lo seguía, se encontraría con las primeras colinas achaparradas a su zurda antes de que las luces del amanecer asomaran. Calculaba llegar a Agresta a mediodía, aunque era complicado discernir las distancias reales en aquel mapa copiado a mano.

Sin embargo, Bainis no había pensado en un asunto que, zancada tras zancada, fue alterando su ánimo inicial. Siempre había pensado que las aventuras estaban llenas de emociones, pero tras dos horas de caminata empezó a ser consciente de que no todo era tan idílico. Una cosa era saltar y deambular por las inmediaciones de Columnas Rocosas, y otra muy distinta realizar un largo viaje. Resultó que cada vez le pesaban más las piernas, molestia a la que se sumaban las crecientes punzadas que le atormentaban las plantas de los pies.

Ahora bien, no había ningún dolor tan atroz como el nacido del miedo. Miedo que primero fue intranquilidad al advertir que el paraje por el que transitaba ya no le era conocido. Había dejado atrás los parajes que hasta entonces le habían permitido recorrer, y saberlo aumentó su nerviosismo. Se sintió expuesto. ¿A qué? No era fácil interpretarlo, pero tuvo la acuciante sensación de que millones de ojos lo observaban y seguían sus pasos, ahora ya no tan decididos. Miró alrededor, hacia las sombras que, a la luz del fanal, daban grotescas formas a cada arbusto, a cada pedrusco. Finalmente, el fulgor se le antojó de tan escaso alivio que le azotaron los primeros temblores. Desde la ahora amenazante nocturnidad le invadieron las imágenes de las criaturas salvajes y malignas que ilustraban los bestiarios de Talfin, las mismas que poblaban los relatos del enano. ¿Quién le aseguraba que no acechaban en la oscuridad?

Para cuando le faltaba poco para llegar al primer verdor del prado ya había tomado la decisión de dar media vuelta y regresar a casa. Si se apresuraba, tal vez nadie advirtiera su ausencia. Sí, sería lo mejor.

Pero el universo tenía otros planes.

El aire vibró alrededor. *Tooom...* Así sonó el fragor que escuchó, muy por encima de su cabeza. El estallido inundó los alrededores como una ola. Volvió la vista hacia el firmamento y se encontró con lo que al principio creyó que era uno de los fuegos pirotécnicos: una burbuja de luz que se expandía desde un punto brillante, cerca del astro carmesí Silas —aquel que aparecía cada cinco años—. Empero, pronto comprendió que aquello no tenía nada que ver con los cohetes de pólvora. Se alzaba muy por encima de la distancia a la que llegaban los petardos y no contaba con estela.

Y mientras contemplaba embobado el suceso, este le brindó otra sorpresa. De la aureola emergieron dos rayos similares a estrellas fugaces. Una de ellas se dirigió hacia el este, cual centella, tan veloz que cruzó la bóveda en un suspiro. La otra no tardó mucho en desviarse y perder altura, acercándose a Bainis.

El impacto tuvo lugar a una veintena de pasos al sur de la posición del muchacho. La estrella golpeó en el suelo con tanta fuerza que provocó una poderosa onda expansiva, del mismo modo que lo haría un canto al romper la quietud de un estanque. Una barrera de polvo y viento lo levantaron del suelo, haciéndole volar como una marioneta. Aterrizó de espaldas y, por un instante, no pudo respirar.

Permaneció tendido, temblando de pies a cabeza, tan asustado que no se atrevió a levantarse. ¿Qué estaba pasando? Ni lo sabía ni quería saberlo, así que cerró los ojos y se quedó gimoteando... hasta que algo lo zarandeo de un modo muy familiar. Las amables embestidas le hicieron recobrar el valor, así que decidió regresar a la realidad, donde fue recibido por el lametón de Franlad. Alivio y sorpresa se entremezclaron. ¿Qué diantres hacía la leona albina allí? ¿Lo había seguido? Sin duda, aunque le importaba más bien poco, porque de repente ya no estaba solo. La presencia de su amiga le hizo sentirse a salvo y la abrazó con todas sus fuerzas.

Al fin, se incorporó lo suficiente para tomar cuenta de la magnitud de lo ocurrido. Donde había caído *aquello* existía ahora un cráter enorme, del que surgían unas volutas tan negras que se recortaban incluso contra la noche. Tal vez por valor, o más probablemente por inconsciencia, se arrastró gateando hasta el borde del hoyo. Franlad trató de evitarlo, interponiéndose en su camino, pero Bainis insistió hasta que la felina, de mala gana, le permitió acercarse a la

depresión. Era bastante profunda, y había algo en el centro: una piedra con forma oval, tan oscura que parecía absorber la luz de las pequeñas llamas producidas por el contacto. Se sintió como alelado, atrapado en la contemplación del vapor que desprendía el objeto... No, no era un vaho, sino otro tipo de emanación. Un aura.

Una mano le atenazó el hombro arrebatándole la entereza que había recuperado instantes antes. El susto casi lo hizo saltar, a él y a su corazón. Pero al girar el rostro, en lugar de la horrible bestia que esperaba, se encontró con una imagen familiar y tranquilizadora.

Talfin.

—¿Estás bien? —le preguntó, todo preocupación, sin ápice de acritud o reproche en la voz.

El enano le examinó la cara en busca de cualquier herida.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber, una vez le quedó claro que, salvo algunos rasguños causados por la caída, el muchacho estaba perfectamente.

La mejor respuesta que se le ocurrió fue señalar el centro del cráter. El tabernero, que ahora parecía distinto —como si se hubiera enfundado la piel de guerrero—, pasó la mano por las trenzas de su barba, gesto habitual cuando meditaba.

—Espera aquí —le dijo al fin.

Descendió por las suaves laderas del hoyo con pasos prudentes mientras desenvainaba una espada que, hasta el momento, Bainis solo había visto en la sala de los recuerdos del enano. Contemplantelo así era revivir alguna de las aventuras del *futhâr*. Pero algo no cuadraba. ¿Dónde estaba aquella excitación agradable que siempre había imaginado inherente al peligro? En su lugar solo sentía miedo. Temía por su padre.

Talfin se detuvo a dos pasos de la piedra. Franlad lanzó un rugido al que siguió un gemido, tras lo cual se echó al suelo. El enano se volvió y, al observar la reacción de la leona, dudó.

Fue entonces cuando Bainis advirtió algo aterrador: en torno al terreno donde moraba la piedra se extendían lo que se le antojó una especie de raíces, oscuras y culebreantes. Su padre también dio cuenta del fenómeno. Extendió el brazo con la espada por delante, acercándola poco a poco, más y más...

Y ocurrió lo increíble: cuando la punta del arma rozó el pedrusco, aquella hoja forjada con las mejores artes herreras de los *futhâr* empezó a oxidarse, a desgastarse hasta convertirse en polvo. Simple polvo.

Polvo insignificante.

Talfin volvió tras sus pasos con urgencia al tiempo que soltaba la empuñadura antes de que el efecto rebasara la guarda del arma. El prodigio se detuvo en cuanto se alejó del centro. Y cuando volvió a mirar a su hijo, este vio algo que nunca antes había contemplado en los ojos del enano. Algo que jamás hubiera esperado encontrar en Talfin el Indómito.

Miedo.